

LOS ALTERGLOBAIZACIÓN EN HONG KONG

¿Puedes contarnos algo de tus orígenes?

Nací en Hong Kong en 1956. Mi familia había llegado desde Guangdong a principios de la década de 1940 –mi padre era un artesano que hacía pequeños adornos, etc. Procedía de la ciudad de Foshan, conocida a lo largo de los siglos por su porcelana. En Hong Kong trabajó varias veces por breves temporadas en fábricas, pero no podía soportar la disciplina fabril; amaba su libertad de artesano. Mi madre trabajaba con él en el taller que tenían en casa. No ganaban mucho: mis tres hermanos y yo a veces teníamos que recorrer las calles con mi padre vendiendo *souvenirs* que había hecho. Vivíamos en Kowloon, pero yo fui a un colegio de secundaria católico –aunque no soy religioso– en la isla de Hong Kong.

¿Cuál era la percepción existente de la República Popular China (RPC) mientras crecías en la década de 1960?

La gente estaba dividida en su actitud hacia China –aunque no la burguesía de Hong Kong, que por supuesto aborrecía el Partido Comunista Chino (PCCh). Pero, en el movimiento obrero, había una profunda escisión entre los sindicatos dirigidos por los comunistas y aquellos dirigidos por el Kuomintang (KMT), que se prolongó hasta principios de la década de 1970. La hostilidad entre ambos alcanzó el punto culminante en 1956, cuando los sindicatos del KMT atacaron físicamente a los sindicalistas del PCCh. El PCCh tenía una amplia influencia entre los trabajadores: se consideraba que la «patria socialista» hacía de contrapeso al dominio colonial. Pero, más tarde, en 1967 el sindicato maoísta pro-PCCh convocó una huelga general que ningún trabajador respaldaba y, a raíz de su fracaso, lanzó una campaña de «guerra urbana». Esto supuso una amarga decepción para muchos que habían estado entregados a la causa y que pagaron un alto precio por el deseo de los sindicatos dirigidos por el PCCh de emular a la Banda de los Cuatro. El dicho popular de la época era que querían una gran huelga, *Da bagong*, pero que en lugar de eso hubo una *Dabua bagong*, una gran exageración.

Yo era un colegial durante este periodo, pero hubo dos cosas que hicieron fuerte mella en mí. Recuerdo ver largas colas en la oficina de correos a principios de la década de 1960: la gente estaba mandando arroz, ropa y otras cosas indispensables para el día a día a sus parientes en China debido a la hambruna. Y en 1967 y 1968 circulaban historias de gente muerta a golpes durante la Revolución Cultural, cuyos cuerpos llegaban flotando al puerto de Hong Kong desde el río Perla.

¿Cuál era la visión del dominio británico durante este periodo?

El dominio británico posterior a la guerra puede dividirse en dos etapas, con 1971 como punto de inflexión. En la primera etapa, existía una forma de *apartheid* espacial —el área del Tai Ping Shan estaba restringida a los occidentales— y las condiciones eran mucho más opresivas: la jornada laboral era larga, los salarios bajos y el gobierno colonial sofocaba sin piedad la actividad huelguista. La opresión nacional adoptó una forma muy visible: prácticamente todos los puestos de alto rango estaban ocupados por británicos y el inglés era la única lengua oficial; en el colegio, no se nos daba permiso para ir al baño si no lo pedíamos en inglés.

Los británicos tomaron medidas muy drásticas contra el movimiento obrero tras los acontecimientos de 1967: unos 4.000 o 5.000 sindicalistas fueron despedidos y miles de ellos ingresaron en prisión. Esto supuso un revés para los sindicatos maoístas del que nunca se recuperarían. A pesar de todo, a principios de la década de 1970, había empezado a crecer la presión, tanto desde el interior como desde el exterior, para que los británicos introdujeran algunas reformas si querían mantener alguna legitimidad. Los estudiantes y activistas sociales de Hong Kong estaban haciendo campañas a favor del derecho a la lengua china y contra la posibilidad de que la isla de Diao Yu pasara a manos de Japón. El 7 de julio de 1971 se produjo un punto de inflexión decisivo, cuando el gobierno colonial reprimió duramente una manifestación de movimientos juveniles nacionalistas radicales. A continuación, se desencadenó una oleada de nuevas protestas y el gobierno se vio obligado por primera vez a permitir manifestaciones. Después de aquello, hubo movilizaciones de grupos estudiantiles contra la corrupción oficial que tuvieron cierto éxito y, en 1973, presionaron al gobierno hasta conseguir que creara una Comisión Independiente, que sigue en funcionamiento. En el ámbito exterior, el creciente estatus internacional de China —su obtención de un puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 1971, la visita de Nixon, etc.— constituyó un factor importante a la hora de obligar a los británicos a conceder libertades políticas restringidas.

¿Cómo y cuándo te radicalizaste?

En las movilizaciones de 1971 en torno a la isla de Diao Yu. Estaban organizadas por jóvenes estudiantes, muchos de los cuales fueron golpeados

por la policía colonial y hospitalizados. La radicalización mundial de la década de 1960 tardó en llegar a Hong Kong y hubo que esperar a 1970 para que los jóvenes empezaran a responder a las ideas socialistas o marxistas, por ejemplo. Aunque el PCCh había perdido mucha de su base entre los trabajadores de Hong Kong después de 1967, se benefició mucho del renacimiento del sentimiento nacional entre estudiantes e intelectuales. China y su modelo maoísta eran vistos como una alternativa al dominio británico, a pesar de que, durante el transcurso de la década de 1970, el PCCh local se alejara de la defensa del fin del colonialismo en nombre de la estabilidad. En los círculos estudiantiles, los maoístas se encontraban con el constante enfrentamiento de corrientes liberales y de la izquierda radical, en particular trotskistas y anarquistas. Los trotskistas chinos habían tenido presencia en Hong Kong desde la década de 1940, mientras que el anarquismo se había puesto de moda a principios de la década de 1970. Seguí vivos debates en los periódicos entre ambas agrupaciones y leí a Marx y a Trotsky, así como a Marcuse y a Fromm. Me atraía el humanismo de Fromm y los análisis de la burocracia de Trotsky me parecían muy relevantes para la historia china contemporánea. Muchos de mis compañeros de clase se hicieron maoístas, sin embargo, pese a mi juventud, yo sentía una fuerte aversión al culto a la personalidad. Me metí en el Grupo de Jóvenes Socialistas, que cada vez se orientaba más en una dirección trotskista, pero se desintegró a principios de la década de 1980.

¿Qué hiciste después de terminar el bachillerato?

Terminé el instituto en 1974 y trabajé en la oficina de una compañía comercial británica y después estadounidense hasta 1977. Después de eso, pasé dos años trabajando en fábricas, haciendo ropa y relojes japoneses. Luego me matriculé en el Baptist College de Hong Kong para estudiar chino, que pasé a enseñar en institutos hasta 1995.

¿Cuál fue la reacción en Hong Kong ante los sucesos de la Plaza de Tiananmen y el movimiento por la democracia en términos más generales?

La reacción inicial fue a la vez de horror e ira, incluso entre los grupos pro Pekín, aunque éstos se arrepintieron muy pronto de sus críticas al PCCh. Muchos disidentes huyeron de China a raíz de la represión, pero la mayoría de ellos fueron a Estados Unidos, así que el impacto en el mundo político de Hong Kong fue muy pequeño. El verdadero efecto de los sucesos de la Plaza de Tiananmen fue reforzar a los liberales en Hong Kong, que pasaron a constituir la fuerza dominante en el bando de la oposición. Se trata de una posición derivada no de una fuerza innata, sino de la degeneración del «socialismo realmente existente». La campaña de 1989 iba dirigida a mostrar un contraste ostensible entre la colonia y la China continental, que pasó a ser percibida cada vez en mayor medida como sede de un régimen brutal y absolutista.

Y no es que el propio Hong Kong fuese una auténtica democracia liberal, ni siquiera cuando expiró el contrato de arrendamiento de noventa y nueve años con Gran Bretaña. A pesar de toda la retórica, Patten hizo poco por la democratización: antes del traspaso de la soberanía de 1997, sólo la mitad de los escaños del consejo legislativo se elegían directamente por sufragio universal. Lo único que permitió que el Reino Unido cosechara algo de credibilidad fue la feroz oposición del gobierno chino y sus partidarios en Hong Kong a semejante paso minúsculo. Y no se trataba de nada nuevo: a principios de la década de 1980, cuando el gobierno colonial empezó a introducir elecciones directas, los dirigentes de los sindicatos pro-PCCh se opusieron, afirmando que «a nosotros los trabajadores sólo nos importa el *fan piao* (vale de arroz), no la *xuan piao* (papeleta electoral)». La rigidez del PCCh hizo que la poco sistemática ingeniería democrática de Patten pareciera más significativa de lo que realmente era. De hecho, las reformas de Londres no sirvieron sino para asegurar que en 1997 el mismo círculo de mandarines de antes, los jefes administrativos de la colonia, conservara el poder pacíficamente, sólo que esta vez bajo la dirección de un gobernador nombrado por Pekín, Tung Chi Wah.

A pesar de todo, ha habido un progreso significativo para los chinos de Hong Kong desde los días de mi juventud. Ahora, entre los asuntos prioritarios, figuran claramente el sufragio universal y la democracia parlamentaria, cuestiones que estaban por completo ausentes en la década de 1970. El movimiento democrático es importante en Hong Kong, ya que la libertad de prensa y reunión son las únicas armas que tenemos para defender nuestra autonomía y resistir a la convergencia política entre el régimen monopartidista de la China continental y los mandarines y magnates de Hong Kong. La democracia liberal proporciona de hecho a los trabajadores un espacio de resistencia, que brilla por su ausencia en la China continental. Sin embargo, a causa del dominio de las ideas liberales, estas aspiraciones democráticas nunca están ligadas a derechos económicos y sociales. Incluso hace tres o cuatro años, se veía el salario mínimo como una reivindicación radical. La sociedad de Hong Kong está muy atomizada: poca gente se afilia a partidos políticos, los movimientos sociales y los sindicatos son muy débiles y resulta muy difícil movilizar a los miembros de base a gran escala. Los movimientos están con frecuencia dirigidos por liberados. Un punto de partida organizativo tan bajo hace difícil librar una batalla democrática prolongada y parece bastante probable que, en caso de que el sufragio universal pleno y la democracia parlamentaria llegasen a Hong Kong, la misma camarilla podría monopolizar el país.

¿Nos puedes hablar de lo que ha pasado desde 1997? ¿Qué ha supuesto el proceso de integración con la RPC?

La idea de «un país, dos sistemas» fue en esencia un invento de Deng Xiaoping. Cuando los dirigentes de la RPC hablaron en la década de 1980 de

aprender de Hong Kong, no se referían, como es lógico, a la libertad de prensa o a los derechos democráticos restringidos, sino al ejemplo del capitalismo de Hong Kong. Después de 1997, las empresas de la China continental actuaron rápidamente para intensificar el control sobre los medios de comunicación de Hong Kong –televisión, periódicos, etc.–, lo cual se tradujo en una autocensura creciente por parte de presentadores, locutores y periodistas. En términos económicos, Hong Kong ya estaba sufriendo la desindustrialización antes del traspaso de la soberanía: mientras que la industria manufacturera representaba un tercio de la fuerza de trabajo en 1986, en 1996 había caído a una décima parte. La arrolladora mayoría de puestos de trabajo –más del 90 por 100 en la actualidad– se encuentra en el sector servicios. Se está produciendo una profunda reestructuración de la clase trabajadora, a medida que cientos de miles de trabajadores, en especial mujeres, se están viendo abocados a empleos cada vez más precarios. El principal efecto del traspaso ha sido acelerar en enorme medida esta tendencia a la movilidad descendente. Hasta los puestos de trabajo de servicios se han desplazado a la China meridional: bancos, compañías de seguros, aviones de pasajeros, firmas de contabilidad, etc., tienen todos sus bases logísticas en Shenzhen o Guangzhou, donde los salarios son una mínima parte de los de Hong Kong y los trabajadores de oficina nunca hacen huelga. A resultas de ello, los salarios de Hong Kong experimentaron una reducción general de un tercio o más tras la crisis asiática.

Mucha gente se fue de Hong Kong antes del traspaso de la soberanía: hubo una enorme migración de la clase media hacia Occidente. La escasez de profesores, por cierto, me facilitó conseguir puestos de trabajo en colegios mejores. Pero los habitantes de Hong Kong siguen pudiendo viajar mucho más que los habitantes de la China continental. Bajo las normas del «un país, dos sistemas», tanto los ciudadanos de Hong Kong como de la RPC continental necesitan un pasaporte interno para cruzar de un lado a otro, pero los ciudadanos de Hong Kong lo tienen más fácil para conseguir este pasaporte, mientras que los continentales se enfrentan a toda una serie de obstáculos –en particular, el sistema de registro domiciliario *hukou*, que en la práctica convierte a la población rural en ciudadanos de segunda clase. De hecho, cuanto más rico eres, más fácil resulta venir a Hong Kong –lo cual contribuye a una forma de *apartheid* espacial y social combinado.

Cada cierto tiempo, los mandarines de Pekín advierten a los residentes de Hong Kong que no conviertan la región en una «base anticomunista». Pero, pese a todo su desagrado por la autonomía de Hong Kong, el Pekín «socialista» ha dependido desde hace mucho tiempo de la colonia capitalista: desde 1949-1979, un tercio de todas las divisas obtenidas por la RPC llegaban a través de Hong Kong. Por el momento, Pekín no puede adoptar ninguna medida drástica de restricción de esta autonomía, algo que radicalizaría enormemente la opinión local. A largo plazo, la erosión gradual parece el camino más viable, a la par que se impide la llegada de cualquier resistencia significativa a la China continental.

¿Cómo se creó el Globalization Monitor (Observatorio de la Globalización)? ¿Cuáles son sus lectores?

El *Globalization Monitor* se fundó en 1999, pocos meses antes de Seattle. Un grupo de activistas, entre los que nos encontrábamos Gerard Greenfield, John Chan y yo, habíamos mantenido ya contactos con sindicalistas y ecologistas y en 1997 organizamos la primera protesta antiglobalización en Hong Kong, contra el Banco Mundial. Otros movimientos sociales de Hong Kong se limitaron a ignorarnos, así que, tras algunas discusiones más serias, decidimos lanzar un periódico y un sitio *web*, *Globalization Monitor*, con el objetivo de ofrecer educación pública entre sindicatos y ONGs. En un principio, trabajábamos con la Confederation of Trade Unions (CTU [Confederación de sindicatos]). En la actualidad, el *Monitor* cuenta con 12 miembros en su consejo editorial, sacados del movimiento de mujeres, los Verdes, sindicatos de oficios y sindicatos del sector público. Los lectores a los que nos dirigimos son principalmente los trabajadores chinos, y no los anglohablantes; dedicamos todos los recursos que tenemos a contar la verdad de la manera más clara posible en chino y luego vemos si podemos obtener suficiente apoyo internacional para publicar materiales en inglés.

Una segunda línea de nuestra táctica consiste en ayudar a difundir las noticias de los trabajadores implicados en huelgas espontáneas. A través de nuestra red de contactos en la China continental, reunimos información sobre las condiciones y conflictos laborales allí. Siempre que es posible, invitamos a Hong Kong a los trabajadores con menos pelos en la lengua, para que participen en grupos de discusión informales, aunque esto es complicado y prohibitivamente caro para la mayoría de trabajadores migrantes, ya que, para viajar, primero tienen que volver hasta su pueblo natal y solicitar un pasaporte allí. Nuestra idea es concienciar a los trabajadores que consiguen llegar hasta aquí, con la perspectiva de que al final ellos mismos se conviertan en activistas.

¿Qué tipo de campañas habéis conseguido organizar?

En 2004, a través de nuestros contactos continentales, nos enteramos de que en dos fábricas de pilas de Huizhou, propiedad de Gold Peak, se había diagnosticado envenenamiento por cadmio a 177 trabajadores. La empresa tiene 12.000 empleados en todo el mundo e ingresos anuales de más de 500 millones de dólares. Filtramos la noticia a la prensa de Hong Kong y llegó a titulares: el director general de Gold Peak, Victor Lo, es un miembro del Consejo Ejecutivo de Hong Kong. La empresa tiene también fábricas en Shenzhen y una en Hong Kong, en la que nos enteramos que había más casos de envenenamiento por cadmio, que también hicimos públicos. La prensa continental recogió la historia y a finales de 2004 la Televisión Central de China hizo un programa sobre ello que fue –de acuerdo con sus parámetros– sorprendentemente crítico. Esto contribuyó

en gran medida a concienciar al público de los costes del «milagro chino»: un público antes indiferente ahora tenía por lo menos cierto conocimiento de lo que estaba sucediendo. Nosotros hemos hecho circular el programa entre los trabajadores en DVD como herramienta educativa, para mostrarles que es posible que los medios de comunicación nacionales recojan sus historias. Esta esperanza es el verdadero triunfo de nuestra acción; por desgracia, el reportaje en la televisión nacional no bastó para forzar a Gold Peak a satisfacer las reivindicaciones de indemnización de los trabajadores. En 2006, hicimos en tres ocasiones todos los trámites para que los trabajadores de Gold Peak vinieran a Hong Kong, donde intentaron encontrarse con altos ejecutivos de la empresa y organizamos piquetes públicos contra Victor Lo. En noviembre de 2006 conseguimos por fin fijar un encuentro entre Lo y los trabajadores. Pero él rechazó sus reivindicaciones y ahora está demandando al *Globalization Monitor* y a la CTU.

¿Qué reacciones han tenido otras organizaciones de Hong Kong ante el Globalization Monitor?

Los movimientos sociales de Hong Kong son por lo general muy conservadores, en parte a causa del individualismo profundamente arraigado de la cultura. Resulta muy difícil conseguir que la gente participe activamente, una dificultad que también ha experimentado el movimiento democrático, aunque es capaz de sacar a mucha gente a manifestaciones, cuenta con muy pocos cuadros o intelectuales comprometidos. Hasta el periodo 2002-2003, los sindicalistas, las ONGs y los grupos comunitarios escuchaban lo que decíamos, pero no estaban de acuerdo. Después de 2002-2003, las cosas cambiaron de manera significativa, ya que el gobierno estaba privatizando de manera inexorable, haciendo recortes radicales y muchos empleados públicos perdieron sus puestos de trabajo. Esto desencadenó una primera oleada de radicalización, durante la cual la gente se hizo más escéptica acerca de los efectos de la globalización neoliberal. Esto sentó las bases para que constituyéramos la *Hong Kong People's Alliance on the WTO* (HKPA, Alianza del Pueblo de Hong Kong contra la OMC) en septiembre de 2004 y empezáramos a preparar la semana de acciones contra la OMC a finales de 2005.

¿Cuál fue el impacto en China del ingreso en la OMC?

En general, el impacto ha consistido en acelerar la reestructuración en beneficio del capital. Las empresas de propiedad estatal, en principio de los sectores manufactureros y energéticos, fueron las más afectadas por este proceso: entre 1996 y 2001, se perdió un total de 26 millones de puestos de trabajo en el sector manufacturero. El efecto de la OMC sobre la agricultura está destruyendo la base de la economía del pequeño agricultor. Los aranceles agrícolas se han rebajado drásticamente para adaptarse a los requisitos de la OMC y en la actualidad se encuentran entre los más ba-

jos del mundo, mientras que las ayudas nacionales a la agricultura se han reducido del 10 por 100 del valor total de la producción agrícola a un 8,5 por 100. Recientemente, China se ha convertido en un importador neto de productos agrícolas, una evolución alarmante para un país de su tamaño y tradiciones agrícolas. Los representantes del gobierno apuntan a la abolición de los impuestos agrícolas como una medida beneficiosa para los agricultores. Pero este impuesto nunca representó más de una mínima parte del dinero que los campesinos pagan a los representantes gubernamentales, que imponen todo tipo de «tasas» para la educación, las infraestructuras o incluso la milicia local. Además, hay numerosos casos de tierra expropiada a agricultores para fines comerciales.

De acuerdo con las normas de la OMC, en 2007 China tendrá que liberalizar su sector servicios, incluidas la banca y las finanzas. En los últimos años, el sector bancario se ha deshecho de 250.000 trabajadores. Ya ha habido una comercialización general de los servicios, que ha afectado en particular a la educación. Esto también hará a China mucho más vulnerable a las crisis financieras regionales de lo que lo era en 1997. Algo que resulta aún más grave en vista de la poca fiabilidad de los datos oficiales: nadie conoce el verdadero monto de los préstamos de dudoso cobro o de la deuda externa oculta. Hay todo un abanico de estimaciones de las fugas ilegales de capitales que quizá alcancen los 70.000 millones de dólares, gran parte de los cual se blanquean a través de Hong Kong y Macau.

La falta de transparencia que rodea el verdadero estado de la economía china está evidentemente conectada con la cuestión de la corrupción. El hecho es que las elites son inmunes a las acusaciones pese al juicio ocasional de algún representante gubernamental. A decir verdad, es muy frecuente que estos juicios tengan más que ver con guerras de facciones que con la eliminación de la corrupción. Tiananmen lanzó el mensaje de que la burocracia está totalmente por encima de la ley. Estamos asistiendo a un renacimiento de la antigua tradición de acuerdo con la cual los cargos penales sólo se aplicaban a los plebeyos; acaso es posible encontrar una analogía aún mejor en el *mianzui tiejuan*, un tipo de certificado, hecho de hierro, concedido a los ministros preferidos del emperador, que les indultaba de todos los delitos por anticipado. En estas condiciones, no puede haber imperio de la ley. El mismo principio contribuye a entender la experiencia postsoviética. Un activista europeo al que conocí en 1990 sostenía que la burocracia soviética no podía hacerse capitalista porque carecía del dinero para comprar los activos nacionales; pero, puesto que sus miembros estaban por encima de la ley, podían sencillamente saquearlos.

¿Ha habido oposición a la OMC en el interior de China?

Debido a la dura censura, en realidad, la mayoría de trabajadores de la RPC no entienden demasiado acerca del impacto que tendrá la OMC para

ellos. Los editores del *Globalization Monitor* hemos realizado muchas entrevistas y hemos descubierto que los que menos saben de todos son los trabajadores migrantes rurales; los trabajadores del sector estatal están más informados; por ejemplo, los que trabajan en fábricas de automóviles se enteraron de la reducción de los aranceles sobre coches y saben que esto afectará a sus puestos de trabajo. Pero la respuesta general de los trabajadores ha sido la apatía. Ha habido algo de oposición procedente del interior de la burocracia de partido y de los ámbitos universitarios, aunque antes de 2001 ésta se restringía a un círculo muy pequeño de intelectuales de la Nueva Izquierda. Desde entonces, los críticos se han mostrado más directos, pero en muchos casos a partir de presupuestos puramente nacionalistas. Atacarán un modo de acumulación que sea demasiado dependiente del capital extranjero, pero no se oponen a la OMC por principio; más bien, defienden una entrada bajo condiciones más favorables. Han Deqiang, por ejemplo, ha defendido que China presione para conseguir mejores protecciones, a la vez que obtiene un mayor acceso al mercado mundial, lo cual permitiría que el país aumentara su cuota en el comercio global¹. Desde una perspectiva nacionalista, China tiene todo el derecho a buscar beneficios, de ahí la reciente reaparición de los argumentos a favor de un ejército fuerte para defender los intereses geopolíticos de China; al fin y al cabo, hay yacimientos petrolíferos en Indonesia y minas de carbón y mineral de hierro en Perú que defender.

Hay quien ha sostenido que la mejor manera de movilizar a los trabajadores para salvaguardar sus derechos es utilizando instrumentos legales. ¿Cuál es tu opinión de una estrategia así?

Han Dongfang, que fundó el *China Labour Bulletin*, ha estado haciendo ese tipo de argumentación durante una década². Yo creo que este tipo de táctica se ha demostrado un fracaso. Para empezar, los trabajadores siempre actúan de acuerdo con la ley en primer, segundo y tercer lugar. En casi todos los casos con los que nos hemos encontrado a lo largo de las investigaciones para el *Globalization Monitor*, antes de que se pongan en huelga u organicen manifestaciones y cortes de carretera, los trabajadores han presentado demandas al gobierno o a las empresas privadas durante años. Y los funcionarios o directivos siempre las han rechazado. Han también sostiene que es posible transformar los sindicatos existentes convocando elecciones. Esto ya es bastante problemático en el sector estatal, donde el papel principal de los sindicatos ha consistido siempre en aumentar la productividad y no en proteger los derechos de los trabajadores. En el sector privado, donde se producen los peores abusos y violaciones de los derechos laborales, la situación es mucho peor: no hay en absoluto sindicatos en el auténtico sentido del término.

¹ Han Deqiang, *The Crash. The Global Trap and China's Realistic Choice*, Pengzhuang, 2000.

² Véase Han Dongfang, «Luchas obreras chinas», *NLR* 34, Madrid (septiembre-octubre 2005).

Es frecuente que el director designe sin más a los delegados sindicales y el jefe de personal suele ser el presidente del sindicato. En las fábricas de Gold Peak en la China continental, se nombra a los supervisores de las cadenas de montaje sindicalistas. ¿Cómo pueden responder los trabajadores colectivamente a esto? ¿Cómo pueden acercarse a un responsable sindical y pedirle nuevas elecciones, cuando la persona a la que tienen que pedirselo es su jefe?

En sus dos libros sobre la fuerza de trabajo china, Han ha explicado el motivo de su estrategia legalista: señalando las terribles consecuencias de la Revolución Cultural, dice explícitamente que hay que evitar a toda costa un levantamiento popular. Entendemos su preocupación, pero rechazamos la idea de que el camino legal es la única vía de ataque. De hecho, en la mayoría de los casos, cuando los trabajadores hacen huelga o cortan la carretera, no ha sucedido nada terrible, no se ha matado a nadie, y los trabajadores han conseguido por lo menos recuperar algo de su sueldo o lograr alguna otra victoria parcial. Por otra parte, los campesinos chinos son capaces de tolerar una tremenda cantidad de cosas. Si llegan a ponerse violentos y quemar la propiedad de alguien, casi siempre es culpa de ese alguien. En una fábrica de zapatos de propiedad taiwanesa en Xing Ang, los trabajadores habían sufrido tales niveles de opresión que casi destruyen el lugar; varios de ellos fueron a la cárcel, pero, desde nuestro punto de vista, la dirección de la empresa es la primera responsable de su estado. En general, los resultados son más pacíficos y toda la violencia suele producirse en el sector privado, donde los trabajadores son más vulnerables. El predominio de trabajadores migrantes rurales en ese sector, sin embargo, hace la organización más difícil, dado que proceden de una cultura agrícola más individualista y están muy divididos entre sí. Pero nuestra experiencia nos dice que las huelgas espontáneas son más eficaces que los acercamientos a jefes de personal o responsables gubernamentales.

Las organizaciones obreras extranjeras han adoptado posturas divergentes respecto a los sindicatos oficiales de China, señalando algunas de ellas logros limitados como la obtención de permisos para abrir delegaciones sindicales en Wal-Mart. ¿Qué enfoque recomendaría?

Desde mi punto de vista, supuestos logros como los del caso de Wal-Mart no significan prácticamente nada. La Federación Nacional de Sindicatos de China se embolsa cuotas sindicales sin proporcionar a la fuerza de trabajo ningún poder de negociación. Ofrece una fachada muy convincente para organizaciones como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres, pero no permite que los trabajadores hablen libremente a los delegados extranjeros. Los sindicatos oficiales no están dirigidos en beneficio de los trabajadores. Sus homólogos occidentales realmente deberían oponerse a reconocer a la FNSCh y negarse a hablar con ella a menos que permita que la gente tenga derechos a tener sindicatos independientes.

¿Qué papel desempeñó China en las negociaciones de la OMC durante la Conferencia de Ministros de Hong Kong en 2005?

El factor más importante que permitió que el encuentro de Hong Kong fuera más allá de la ronda de Doha fue la traición que los líderes del G20, China, India y Brasil, hicieron a los pequeños países en vías de desarrollo, al sacrificar sus intereses y llegar a un acuerdo con la Unión Europea y Estados Unidos. Muchas ONG y delegados asiáticos eran reacios a criticar a China –en tanto que Estado «socialista» antiimperialista–, pero la postura del gobierno chino fue muy clara: aceptaría plenamente la agenda de Doha, en especial el acceso al mercado no agrícola y el GATT, con la sola condición de que se hicieran algunas pequeñas concesiones a los países en desarrollo, para endulzar la medicina. El ministro de Comercio Bo Xilai dijo que «China disfruta de ventajas comparativas en los productos de gama baja y media. Por lo tanto, China espera desarrollar un nuevo mercado propio». La delegación china participó en todas las negociaciones de carácter restringido, de las que fueron excluidos prácticamente todos los países en vías de desarrollo. Quienes esperaban que China defendiera sus intereses quedaron profundamente decepcionados.

¿Puedes contarnos más cosas de la HKPA?

La HKPA se creó en 2004 y su eje vertebrador procedía en realidad de la CTU y sus socios: el *Asia Monitor Resource Centre* (Centro de Recursos y Observación de Asia), el sindicato de trabajadores migrantes y el *Globalization Monitor*. También participaba un abanico de otras organizaciones –sindicatos independientes, trabajadores migrantes, trabajadores sexuales, grupos estudiantiles y comunitarios– pero las filiales de Greenpeace en Hong Kong se quedaron al margen, quizá manteniendo su atención en lo que atañe a sus intervenciones en China. Los trabajadores migrantes han constituido un componente especialmente fuerte. Los filipinos e indonesios que trabajan en Hong Kong son capaces de movilizarse de manera mucho más masiva que los chinos locales, algo que resulta bastante bochornoso. Se trata de una coalición muy heterogénea, con cerca de tres docenas de organizaciones miembro en total. En el periodo previo a la Conferencia de Ministros de la OMC, el comité de coordinación de la HKPA, formado por doce miembros, conectó movilizaciones internacionales y locales. Estas últimas se quedaron pequeñas en comparación con las delegaciones internacionales, por lo menos hasta la manifestación del 18 de diciembre.

¿Cómo se desarrollaron las protestas contra la Conferencia de Ministros de la OMC de 2005?

Nos pasamos un año haciendo preparativos para la Conferencia de Ministros. Hacer campaña contra el libre comercio en Hong Kong ha sido muy

difícil porque durante 150 años, ha sido un puerto franco, un estatus que supuestamente le ha dado su actual prosperidad. Hace treinta años, el activismo en este frente habría sido más fácil. Las condiciones de trabajo eran mucho más duras y la gente todavía recordaba el auspicio imperialista del comercio de opio. Esperábamos una acogida fría, pero la respuesta ha sido sorprendentemente positiva, en parte gracias al trabajo educativo que el *Globalization Monitor* ha hecho durante los últimos años. Ya no estamos aislados.

Pero el elemento más importante para el éxito de las protestas fue el apoyo internacional. Los medios de comunicación dieron mucha cobertura al hecho de que vendrían 2.000 coreanos, entre ellos 150 delegados de la Confederación Coreana de Sindicatos y 1.500 de la Liga de Campesinos Coreanos. La atención se dirigió hacia la difícil situación de los agricultores coreanos, cuyos medios de vida la OMC había destruido. Eran fantásticos, estaban muy organizados y entrenados: las mujeres hacían sonar los tambores desde atrás y los hombres avanzaban sobre las barricadas policiales como uno solo. Los coreanos también se ganaron la opinión local repartiendo panfletos en chino y llevaban pancartas en chino que proclamaban: «la agricultura es la base de una nación».

Ya el primer día, el 13 de diciembre, yo era uno de la docena de oradores en una convocatoria organizada por la HKPA y acababa de pasar la palabra al siguiente orador, cuando de repente la manifestación se dispersó: todo el mundo corrió hacia la orilla para ver a más de un centenar de coreanos saltando al mar. La policía no tenía ni idea de qué hacer. Hubo algunas escaramuzas con la policía el 14 de diciembre. Luego, el 15 de diciembre, los agricultores coreanos hicieron una marcha que consistía en dar un paso adelante y arrodillarse tres veces, un guiño a una herencia confuciana compartida que resonó en muchos habitantes de Hong Kong. Reporteros de televisión locales entrevistaron a gente que, por lo general, expresaba su simpatía con los agricultores: si sus medios de vida están amenazados, tienen que protestar. Curiosamente, la emisión de la cobertura informativa se repitió en el Sur de China, algo que los gobiernos chinos locales por lo general no hacen. Sin embargo, algunos grupos locales, así como organizaciones de pescadores y agricultores de otros países, no estaban contentos con esto: los agricultores coreanos desviaron la atención de manifestaciones organizadas por ellos, que apenas recibieron cobertura mediática.

La apuesta inicial realmente se elevó el 17, cuando los manifestantes –con los coreanos al frente– atravesaron el cordón policial y dejaron aislado todo el barrio de Wan Chai, donde se estaba celebrando la Conferencia de Ministros. A última hora de la tarde, la policía utilizó gas lacrimógeno contra la muchedumbre e hizo cientos de detenciones. Entre los detenidos, se encontraba Kang Ki Kab, un parlamentario coreano que había acompañado a sus compatriotas; la policía le había pedido que les persuadiera de que se retiraran, pero él se había negado. Había una mani-

festación programada para que coincidiera con el cierre de la ceremonia al día siguiente, pero algunos de los dirigentes de la HKPA querían cancelarla, por temor a la represión policial. Afortunadamente, la manifestación se hizo y más de 1.000 habitantes locales se sumaron de manera espontánea; algunos llegaron a enviar comida y medicinas a los delegados coreanos. En las manifestaciones participaron en conjunto cerca de 8.000 personas. Los residentes de Hong Kong nunca habían visto enfrentamientos como éstos, que resultaron ser una gran lección para ellos.

¿Cuáles son los planes futuros de la HKPA?

Después de las protestas contra la OMC en 2005, se acordó llevar a cabo un Foro Social en Hong Kong para discutir estrategias futuras de movilización en China. Involucraría a la HKPA así como a algunos grupos eclesiásticos y pequeños sindicatos, pero sería de una escala menor que los eventos de 2005. Con todo, esperamos una delegación de docenas de agricultores coreanos, con quienes hay organizaciones de Hong Kong que han fraguado buenas alianzas tras ayudarles en los procesos judiciales que se derivaron de las manifestaciones de ese año. En general, los intercambios entre activistas chinos e internacionales serán cruciales para nuestros esfuerzos en el largo plazo y vamos a poner en marcha un sitio *web* bilingüe para facilitar estos debates. También estamos discutiendo movilizar en torno a las Olimpiadas de 2008, facilitando información alternativa y pensamiento crítico sobre China en el periodo previo a los juegos de Pekín. Estamos en conversaciones con otros grupos sobre la idea de organizar unas Olimpiadas Obreras, pero las autoridades claramente no permitirán que un evento de esas características vaya adelante. En China resulta difícil hacer hasta cosas de poca importancia. Pero seguiremos intentándolo.